

La lección permanente de Sabin

Euzko Gaztedi, 1965-01: 1.

Los pueblos producen de vez en cuando hombres excepcionales, y generalmente el fenómeno ocurre cuando más lo necesitan. No es que exista una ley de hombres providenciales en la naturaleza, como pretenden algunos simplistas de la fatalidad, sino que los momentos difíciles de una comunidad resultan propicias para que alguien con sensibilidad pueda darse cuenta del peligro y con valor para arrastrar las consecuencias, abrir perspectivas nuevas a la vida de un pueblo que se siente llamado al sacrificio.

Sabino de Arana y Goiri, de quien estamos celebrando el centenario de su nacimiento, fue de estos hombres de excepción.

Hay muchas maneras de enfocar la vida y la obra de Sabin.

Y todas son válidas, porque esta sensibilidad extraordinaria que fue capaz de captar con claridad el momento crucial de la existencia de nuestro pueblo, este corazón capaz de ofrecerse a la coyuntura tremenda de aquella agonía de nuestro ser nacional, este espíritu dispuesto a llenar el vacío de conciencia de nuestro pueblo, este hombre extraordinario de nuestra sangre y de nuestra alma colectiva, digo, rindió en sólo 38 años de su vida y apenas 20 de quehacer patriótico, un trabajo extenso y profundo a la vez; una obra ciclópea como ésta, y realizada en tan corto tiempo, es susceptible de ser vista, medida y analizada desde ángulos de visión muy diferentes y con selectividad muy diversa de materiales.

Lo que a mí me interesa más en este otro momento crucial de nuestro pueblo, que está tejido con la vida de cada uno de los vascos que nos han precedido, la de los que vivimos este instante y aún la de aquellos que presentimos que vienen después de nosotros, es lo permanente de su enseñanza.

Quizás el camino más objetivo para dar algunas de estas cimas de permanencia de la obra de Sabin sea recrearlas en su misma palabra, su mismo acento de voz, porque al cabo de más de medio siglo, tiene vigencia de lo que ha nacido para no morir, de lo que es nuevo y vigoroso en cada circunstancia vital de nuestro pueblo.

* * *

"Si no amas la lengua de tu Patria, no amas tampoco a tu Patria", dice en el N° 8 de "Baserritarra". "Si no amas a tu Patria, tampoco amas a tus antepasados". Y añade con la terrible potencia de un silogismo: "¿Quieres que tus hijos y nietos te desprecien?" (370 de "De su alma y de su pluma").

Este es un problema de impresionante vigencia en nuestro pueblo, y la permanente pregunta de Sabin va dirigida a cada uno de los padres que han vivido, que viven hoy y que vivirán mañana sabiendo su lengua, la lengua de su sangre y de su alma, sin pasarla

como herencia a sus hijos y a sus nietos, dejando secar para siempre una raíz de su pueblo.

E insisto, con la intención de perforar el alma del vasco blando y corrupto en el mismo artículo titulado "La Patria": "No enseñas a tus hijos la lengua que a tí tus padres te enseñaron? ¿Quieres tal vez que tus hijos no se entiendan con tus padres?"

Otros acaso busquen en su vida y en su obra perspectivas de su trabajo genial; hay, incluso, aspectos en que uno no está conforme hoy.

Un hombre, por grande que sea, no es infalible; y no tenemos derecho de exigirle, cómodamente situados en nuestro tiempo, permanencia en aspectos que él no pudo prever hace más de medio siglo, sobre todo hace cincuenta años de este siglo XX, tan profundamente revolucionario. Yo no exijo a Sabin que esté permanente al día en todo; a pesar de su genialidad, el hombre es testimonio de una época, de una cultura y de la circunstancia particular que le rodea, y todas han cambiado tanto en estos cincuenta años que hasta las instituciones más geniales han quedado atrás en muchas cosas. Reducir a Sabin a un papel ciego de oráculo, de ser testimonio permanente en todo cuanto él dijo y actuó, cuando todavía no se soñaba en el cohete interespacial o en la televisión (para dar una medida), es un absurdo. Tenemos que esforzarnos en distinguir en este hombre de excepción lo permanente de lo circunstancial, lo abstracto y universal de lo puramente práctico y local, sujeto a la luz siempre movible de la circunstancia.

Yo no creo, para poner un ejemplo, en el acierto de cuando dijo: "Gran daño hacen a la Patria cien maketos que no saben euskera. Mayor que es el que hace un solo maketo que lo sepa". (376).

Es seguramente acertado decirlo en su tiempo, en una circunstancia política dada; pero no crea que lo sea hoy, por muchas razones. Y así, seguramente, lo entendería Sabino si viviese en nuestro tiempo.

* * *

Pero me parece vigente y claro, y aleccionador, y aquí se renueva él mismo, cuando dice que: "Tanto le rebaja al hombre el amor propio como le honra y dignifica la retractación de un yerro". Y cuando luego añade: "Hay que tener tanta alma para decir las verdades y no rectificarlas por nada ni por nadie, como para subsanar y rectificar una especie que puede causar daño a las inteligencias o extraviar el corazón del pueblo". (291 y 292).

Aquí está otra vez el Sabin que tiene la permanencia de las verdades que no mueren.

Así cuando dice, para sostén perenne de nuestra esperanza, que "Dios, en sus providencias, jamás deja de dar, tarde o temprano, el triunfo de la verdad". O cuando nos enseña el camino de mantenernos juntos: "Dividid y subdividid los rayos luminosos de un reflector, y no tendréis reflector. Tomad un puñado de harina y lanzadlo al aire. La harina subsiste en la misma cantidad. Pero ya no podréis reunir un miligramo utilizable (321). Esto lo dijo en la ocasión de explicar cómo podemos darnos a otros pueblos y perdernos por no haber sabido darnos a nuestro propio; pero tiene validez de permanencia para aquellos vascos que tienen hoy la agobiante responsabilidad de nuestra unión interna.

Refiriéndose a la clase de vascos que respiran y piensan con la barriga, les dice con este poder abrumador de la verdad sencilla: "El oro es esencialmente pacífico, y engrosa los estómagos a expensas del corazón". ("Baserritarra", N° 3, en un artículo titulado "Vergüenza").

Este es el Sabin que yo quiero, vivo y fustigante, en este centenario; éste, el hombre y el visionario que insufló a nuestro pueblo no sólo la razón, la conciencia clara de su existencia, sino la mística que necesitamos para realizar la obra. Y está tan al día que si alguno de estos vascos que hoy engordan el estómago a expensas del corazón, está leyendo estas líneas de hace más de medio siglo, sentirá la vergüenza que despertó aquel título en muchos ricos antipatriotas de su tiempo.